

África entre mitos y realidad

Por Jean-Arsène Yao
Historiador y Periodista
Revista Mundo Negro

“África es una tierra de violencia y de salvajismo. Está minada por el sida y la corrupción. Sus habitantes son tribalistas. Todos los africanos son polígamos y sus mujeres tienen demasiados niños”. ¿Quién, en los países occidentales, no ha escuchado declamar este tipo de *evidencias*? Digo evidencias porque en África, la vivacidad, el entusiasmo y la exuberancia de las jóvenes comunidades cristianas no dejan indiferente a ningún observador. Pero esta plenitud de la Iglesia contrasta de manera escandalosa con la ruina de la sociedad africana.

Si las iglesias, los templos y las mezquitas rebozan de fieles que cantan, bailan y alaban al Señor, las familias, ciudades y naciones están destrozadas por las guerras civiles, las malversaciones de fondos y las dictaduras. Si África presume de ser el continente de la fraternidad, de la solidaridad y de la hospitalidad, también es el continente donde la exclusión causa enormes daños. Y por consiguiente, en cada uno de los países se cuentan los contingentes más importantes de refugiados y personas desplazadas. Si el continente africano es considerado como la cuna de la humanidad y tiene las más grandes riquezas del suelo, del subsuelo y de los Océanos, allí es dónde se registra el récord más triste de pobreza, miseria y enfermedades.

A la vista de las imágenes y de los discursos que circulan, África se reduciría pues a niños-soldados, enfermos de sida, inmensos campos de refugiados, ciudades insalubres... En el mejor caso, África estaría simbolizada por tranquilos pueblos de la selva donde, según dijo en julio de 2007 en Dakar, la capital de Senegal, el presidente francés Nicolas Sarkozy, “el campesino africano vive al ritmo de las estaciones, sólo conoce el eterno comienzo del tiempo marcado por la repetición sin fin de los mismos gestos y de las mismas palabras. En este imaginario, no hay sitio para la aventura humana, ni para la idea de progreso...”

El diagnóstico hecho por los “afropesimistas” es severo: África está en “quiebra”, y su futuro, comprometido por varias generaciones. La responsabilidad de los regímenes locales incompetentes o corruptos —incontestable— oculta cada vez más la —real— de los occidentales. Signo de los tiempos, un consenso creciente rodea las teorías que destacan las tendencias “suicidas” de África. Al principio de los años 1990, algunos ensayistas africanos teorizaron sobre el “rechazo del desarrollo” manifestado por el continente negro o la necesidad de un “ajuste cultural” para sacarlo de su “letargo”¹.

¿Sería África víctima de sí misma? ¿De su historia? Las principales causas avanzadas son: el funcionamiento del Estado, el clientelismo étnico, la corrupción y una deuda insostenible. “Algunos bloqueos socioculturales e históricos” explicarían la brecha entre África y el resto del mundo, particularmente los comportamientos irracionales “propios de los pueblos africanos”, tales como la débil propensión al ahorro, las cargas generadas por el apoyo a la familia extendida. Pueblos que dilapidan

¹ Cf. respectivamente Axelle Kabou, *Et si l'Afrique refusait le développement?* L'Harmattan, París, 1991, et Daniel Etounga-Manguelle, *L'Afrique a-t-elle besoin d'un programme d'ajustement culturel?*, Editions nouvelles du sud, Ivry-sur-Seine, 1991.

las riquezas naturales, contribuyendo a la desertización y a deforestación, e incapaces de progresar. ¡De ahí que se conviertan en unos eternos asistidos²!

Estas generalizaciones abusivas, de las que los medios de comunicación se hacen eco demasiado a menudo, emanan de diversas proyecciones occidentales (las maneras de verse y de construirse una identidad en el espejo de África); una lectura determinista de los problemas espaciales, naturales e históricos que explican la catástrofe africana; los obstáculos demográficos y culturales que dificultan el progreso material. En África están sucediendo muchas cosas, pero no se suele profundizar en ellas ni contextualizar los acontecimientos.

Tribalismo y rivalidades étnicas justificarían todos conflictos.

Ruanda de los hutu y tutsi... Kenia, el presidente Kibaki es kikuyu mientras que su rival y primer ministro, es luo... Los conflictos, en África como en otros lugares primero son provocados por luchas políticas o económicas:

- Cuando los pueblos del sur de Nigeria, toman las armas para reivindicar una parte de las rentas del petróleo y defender un medioambiente contaminado por compañías como Shell o Total.
- Cuando Sudán Meridional reivindica su independencia porque no se identifica con el poder central autoritario que monopoliza los ingresos del petróleo.
- Cuando en la República Democrática de Congo, el Estado tiene dificultad para imponer su autoridad en el este del país, donde son explotados los recursos mineros, que posteriormente se exportan muy lejos de África...

En estas guerras, los particularismos étnicos o regionales son una explicación necesaria, pero seguramente no suficiente... A menudo la calificación étnica esconde conflictos de generación (jóvenes/ancianos), de estatus (privado/público), de legitimidad histórica (autóctonos/diásporas), de luchas sociales entre clases (antiguos esclavos/antiguos nobles). De hecho, es en torno a luchas como la conquista del poder central, la renta minera y/o petrolera, la atribución de derechos que giran los conflictos. La consecuencia (etnia) no constituye la causa.

Los conflictos en África, como en otras partes, nacen de frustraciones, de decepciones frente a la impericia de dirigentes incapaces de responder a las aspiraciones de las poblaciones. No son etnias las que se arman para defenderse, pero grupos determinados a tomar el poder. Que luego los que quieren cambiar el mundo se transformen en bandidos o criminales, es otra historia. En un principio, más allá de todas las ambiciones, existe en primer lugar una intención política. Las derivas étnicas o tribales posteriores surgen de las manipulaciones de los políticos que juegan sobre la fibra de la identidad.

¿Se puede seriamente calificar de étnico el irredentismo frecuente en el Cuerno de África? ¿La crisis de Costa de Marfil? ¿Las guerras civiles en la República Democrática de Congo, Burundi, Liberia, Sierra Leona, Angola o Mozambique? ¿Cuáles eran las etnias en presencia? ¿La guerra de Biafra fue una oposición de los ibo contra un Estado federal nigeriano o contra otros componentes étnicos del país? En Sierra Leona, los rebeldes de la Frente Revolucionaria Unida (RUF) cortaron brazos y piernas a los civiles. Pero, ¿hay que considerar tales actos como una particularidad

² Leer Stephen Smith, *Negrologia. Porque África se muere*, Calmann-Lévy, París, 2003. Boubacar Boris Diop, Odile Tobner et François-Xavier Verschave le contestaron en *Négrophobie*, Les Arènes, París, 2005.

africana, cuando se sabe que el horror es propio de cualquier guerra, cualesquiera que sean los medios utilizados?

Los que acusan a África de ser singularmente belicosa deberían recordar más bien que la Historia de la humanidad no es otra que una larga serie de matanzas. La sangre derramada llevó a los pueblos a buscar las virtudes de la paz.

Los conflictos étnicos dejan el lugar a los enfrentamientos religiosos entre musulmanes y cristianos

A raíz de las violencias surgidas en Costa de Marfil en 1999, varios medios de comunicación occidentales afirmaron que este país se deslizaba hacia un “antagonismo creciente entre nordistas musulmanes y cristianos sudistas”. Justificando el movimiento armado de septiembre 2002, Lanciné Gon Coulibaly, ex ministro del Partido Democrático de Costa de Marfil, declaró el 10 de enero 2004:

“Cuando el Estado construye un dispensario o un Liceo en el Norte, construye en el mismo tiempo cuatro veces más en el Sur. Total, los nativos de nuestra región resienten desde la independencia, una gran frustración. Frustración tan insoportable que las cosas parecen planificadas con el objetivo de mantener artificialmente nuestras poblaciones en la miseria”.

Esta lectura del conflicto, que opone un “Norte” y un “Sur” definidos por sus identidades religiosas, terminó imponiéndose como un verdadero “molde mediático” y a veces científico de análisis de la crisis. Sin embargo, bajo los oropeles, aparecen lógicas complejas, combinación de dinámicas internas y externas, de disputas relacionadas con la propiedad de la tierra, conflictos de generación, codicia de señores de la guerra o potencias internacionales.

La crisis económica, la pérdida de poder adquisitivo y la presión territorial convirtieron a los emigrantes en intrusos, como lo ilustran los problemas actuales en Costa de Marfil. El mito de la “ivoirité” sirvió para designarlos como chivos expiatorios y para apartar del poder Alassane Ouattara. No hay guerra de religión, sino una lucha política.

En Sudán, la aplicación de la sharía en 1983 desencadenó la insurrección de los sureños, en su mayoría cristianos y practicantes de religiones tradicionales. Pero los 22 años de guerra fueron también alimentados por otros motivos. Marginados económicamente desde la época colonial, el Sur, rico en petróleo y reservas forestales es objeto de una verdadera colonización por parte del gobierno central de Jartum, árabe, musulmán y situado en el norte del país.

África no está preparada para la democracia

“África no está lista para la democracia”. Es un estribillo que algunos tararean a menudo desde hace varios años por ignorancia o posiblemente por condescendencia. También por cansancio, ante el amaño recurrente de las elecciones, los eternos conflictos post-electorales, partidos políticos regionalistas u opositores que se “venden” al mejor postor.

Por desconfianza con respecto a todos aquellos que se agarran al poder modificando las Constituciones o seguidores que los animan a ello. Por el rechazo de una democracia financiada desde el exterior que apenas renueva sus élites y su práctica que pasa por un injerto que no puede consolidarse. Para otros, África se habría dejado llevar por mimetismo, forzada a golpe de estímulo de buen gobierno político, económico y judicial. Sin haber logrado por eso entrar en los rangos.

Hubo Gnassingbé Eyadéma en Togo, Moussa Traoré en Malí, Maaouiya Ould Taya en Mauritania, Ange-Félix Patassé en la República Centroafricana y, antes, la inmensa mayoría de los “padres de la nación”, de Félix Houphouët-Boigny a Amadou Ahidjo, de Sékou Touré a Dawda Jawara, de Daniel arap Moi al Dr. Hastings Kamuzu Banda de Malawi. Aún siguen Robert Mugabe en Zimbabue, Mélé Zenawi en Etiopía, Issayas Afewerki en Eritrea, Yoweri Museveni en Uganda, Idriss Déby Itno en Chad, Yahya Jammeh en Gambia... a los que nadie daría, naturalmente, las llaves de la casa-democracia.

Entre 1990 y 2000, catorce jefes de Estado dejaron el poder después de una derrota en las urnas, contra sólo uno durante los treinta años precedentes; sin embargo, a finales de 2002, veintiuno de los cincuenta y tres jefes de Estado africanos gobernaban desde hacía más de quince años, tres de ellos -el togolés Eyadéma, el gabonés Omar Bongo Ondimba y el libio Gadafi- llevaban más de treinta años. África, junto a los países árabes, es el Parque Jurásico de los “dinosaurios” políticos.

Sin embargo, la democracia en África no nació tras la caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, y el fin de la guerra fría. Ya en vísperas de las independencias, la lucha política abierta existió por todas partes en el continente: entre Léopold Sédar Senghor y Lamine Guèye en Senegal, Modibo Kéita y Fily-Dabo Sissoko en Malí, Hamani Diori y Zodi Ikhia en Níger, Patrice Lumumba y Joseph Kasavubu en Congo.

Además, ¿quién se acuerda de que los más nacionalistas de los primeros líderes, entre los que algunos habían ganado un combate militar o político, fueron eliminados? Patrice Lumumba en Congo-Kinshasa, Thomas Sankara en Burkina Faso, los mozambiqueños Eduardo Mondlane y Samora Machel, el sindicalista keniano Tom Mboya y el gabonés Redjambe sin olvidar a Laurent Désiré Kabila fueron todos asesinados. Larga es la lista de todos los líderes africanos que fueron asesinados o confrontados con guerras dichas civiles simplemente porque habían deseado diversificar sus socios económicos y distanciarse de las antiguas metrópolis.

Con todo, los electores africanos siempre fueron a las urnas cuando se los convocó y los índices de participación alcanzan el 68 por ciento, de media. ¿Si las elecciones luego son amañadas por los vencedores y discutidas por los vencidos como en Kenya o Zimbabue, a quién hay que pedirle cuentas? ¿A los líderes o los electores?

El Estado en África no funciona

El concepto de “Estado fallido” se utiliza con una tal frecuencia, tanto por los políticos como por los periodistas y analistas, que se ha convertido en una realidad. Tiene un sentido para cada uno de los que lo utilizan, y es objeto en la actualidad de importantes investigaciones y recomendaciones de política general. Nadie duda de su existencia. Esta categorización aleatoria, contestable, incluso injusta cuando se sabe que muchas empresas las consultan antes de elegir el destino de sus inversiones, es a menudo cruelmente reveladora. Prueba de ello, el cuarto informe de Fondo por la Paz y Foreign Policy sobre los “Estados fallidos” (Informe publicado en junio de 2008 en la web: www.fp-es.org).

Este índice es interesante ya que toma en cuenta una docena de indicadores como las manifestaciones contra la carestía de la vida, la evolución demográfica, la fuga de cerebros y el grado de control administrativo y económico de los territorios nacionales para medir la capacidad de los Estados para enfrentar las crisis. Cuanta más dificultad tenga un Estado para controlar físicamente su propio territorio, recaudar los

impuestos, ofrecer un mínimo de seguridad o servicios públicos esenciales (sanidad, educación, agua potable, electricidad) a su población, más será considerado “fallido”.

En este listado, África, en particular la parte subsahariana, sale mal parada. La mitad de los sesenta países considerados fallidos o con serios riesgos de serlo pertenecen al continente. Somalia encabeza la lista, seguida de Sudán, Zimbabue, Chad, República Democrática de Congo, Costa de Marfil, República Centroafricana y Guinea. Más lejos están Etiopía, Uganda, Nigeria, Níger, Burundi, la República de Congo y Kenia. Burkina Faso y Camerún ocupan respectivamente los puestos 33 y 35.

En realidad, son las apariencias de las instituciones que han sido copiadas y no su espíritu; el Estado es vaciado de la única finalidad que habría podido legitimarlo, estar al servicio de los intereses públicos. Cada titular de una parcela de autoridad pública la privatiza a su provecho y al de sus allegados. El ex colonizador no impuso su modelo democrático (que no existe en África) porque quería proteger su dominación por otros medios. Renunció a eso rápidamente para preservar sus intereses, incluso animando y/o provocando la vuelta hacia el autoritarismo.

Los africanos viven de la ayuda exterior

Con el 6,2 por ciento de su Producto Interior Bruto en forma de ayuda pública en 2003, o sea el 40 por ciento de toda la ayuda exterior aportada por los países desarrollados, África subsahariana es una de las regiones más asistida del mundo. Desde el año 2000 la ayuda a África está en “alza” y representa 44 dólares por habitante, es decir 25.000 millones de dólares.

Sin embargo, algunos jefes de Estado africanos como el ruandés Paul Kagame aseguran que preferirían, tan pronto como posible, dejar de ser asistidos y contar con los recursos de su economía. Por su parte, la economista zambiana Dambisa Moyo, autor de “La ayuda fatal” (Ed. JC Lattès) estima que desde los años 1960, África habría recibido un billón de dólares en ayuda internacional. El uso que se ha hecho de esta ayuda exterior durante décadas representó un gran despilfarro: el 80 por ciento de estas cantidades se habrían quedado en los países del Norte, los estudios previos, la evaluación de los proyectos habría dado trabajo a miles de consultores, funcionarios y miembros de organizaciones no gubernamentales. En los países concernidos, los flujos de ayuda beneficiaron sobre todo a los poderes y a las burocracias locales, sólo un pequeño porcentaje llegaba a las poblaciones presentadas como beneficiarias...

Esta ayuda internacional a menudo poco eficaz debe compararse con la contribución de los emigrantes africanos residentes en Europa, estimada en 17.000 millones de euros al año: flujos privados que circulan de mano a mano o por giros. Permiten mejorar el día a día de las familias y pueden generar de micro inversiones, compras de casas, apertura de comercios o de pequeñas empresas.

Además, el dinero enviado por los inmigrantes llega en algunos casos a superar la Ayuda Oficial al Desarrollo. Es el caso de Senegal, que recibió 1.254 millones de euros de su diáspora frente a los 574 millones de euros de ayuda exterior en 2005, según un estudio del Banco Africano de Desarrollo. Estimadas en 9.000 millones en 1990, las remesas han crecido hasta alcanzar los 50.000 millones de dólares enviados por una diáspora de unos 30 millones de personas, según el Banco Mundial.

Los africanos no son emprendedores

Antes de lamentar la escasez relativa de los inversionistas africanos, hay que recordar que durante décadas, a lo largo del período colonial, la “acumulación de

capital”, es decir los beneficios realizados en las colonias, al principio de la agricultura de renta o de la explotación minera, fue desviada hacia las metrópolis del Norte, alimentando las cajas públicas o más a menudo todavía las fortunas particulares.

En los años 30, las tasas pagadas por las sociedades coloniales representaban un tercio de los ingresos del Estado belga. Más tarde, las nuevas burguesías africanas se construyeron en gran parte gracias al acaparamiento de los ingresos o las ayudas. Sin embargo, los empresarios africanos son legión. A nivel informal, las mujeres comerciantes de África occidental (las famosas Mamás Benz de Togo) construyeron verdaderos imperios comerciales vendiendo en los mercados telas importadas de Holanda “wax holandés”, China o producidas localmente.

Más recientemente, en Sudáfrica, la política del Black Economic Empowerment permitió la emergencia de una verdadera élite económica negra, cuyo jefe de fila es el antiguo sindicalista Cyril Ramaphosa, que dirige el grupo Shanduka. Estas empresas dirigidas por africanos, activos en la industria minera, las altas finanzas, el comercio, son valoradas en miles de millones de dólares e intentan implantarse en otros países de África.

Los africanos tienen muchos hijos

Con 95 millones de habitantes en 1900, África, en 2009, cuenta a 1000 millones de habitantes y para 2050 las proyecciones oscilan entre 1,5 y 2 mil millones de habitantes. En África subsahariana, el índice medio de fecundidad todavía es de 5,3 niños por mujer, lo que convierte al continente en el más joven del mundo, con 41 por ciento de la población de menos de 15 años y una esperanza de vida todavía inferior a 55 años, contra 69 años para la tendencia mundial, más de 80 años en Europa occidental.

Los economistas se preocupan por esta explosión demográfica y temen explosiones sociales en las ciudades superpobladas, como Lagos (Nigeria) o Kinshasa (RDC), que podría tener veinte millones de habitantes en 10 años. En realidad, este “boom” de la natalidad en África no es sólo uno de los corolarios del subdesarrollo, el resultado de un rechazo de la contracepción.

Representa también una especie de compensación de las hemorragias demográficas sufridas a lo largo de los siglos precedentes. El historiador congoleño Elikia M'Bokolo recuerda que la trata de los negros representó una punción de veinte millones de hombres. El éxodo de estos jóvenes escogidos entre los más vigorosos privó su país de sus capacidades reproductivas... Aún desconocemos los impactos reales del trabajo forzoso, de la movilidad de la mano de obra indígena o los desplazamientos forzados de poblaciones expulsadas de sus tierras durante la época colonial.

Sabemos solamente que estos trastornos se tradujeron por una mortalidad importante. En las cinco últimas décadas, después de las independencias, 40 millones de africanos murieron en las guerras civiles que han asolado al continente. Los estragos del sida (que afecta al 5 por ciento de la población) podrían solapar los avances registrados recientemente.

La idea de una “demografía suicida” es percibida de otro modo. Poco poblada durante cuatro siglos, África conoce desde el 1960 un crecimiento demográfico desenfundado, y una urbanización galopante. Este crecimiento, que debería seguir durante al menos dos generaciones, sería en realidad coyuntural y necesario para un reequilibrio histórico. En efecto, desde 1992, el índice de natalidad comenzó lentamente a disminuir y el crecimiento actual “constituye una recuperación que permitirá a África estar en el sitio mundial (17 por ciento) que ocupaba en el siglo XVI”.

El sida borraría África del mapa

De los 33 millones de personas infectadas por el sida, 22 millones son africanos: esta evidencia azuzó durante mucho tiempo el temor de una despoblación del continente, suplantando de repente la obsesión de la natalidad. Sin embargo, el impacto de la epidemia es muy desigual: África austral, donde el trabajo emigrante es generalizado, es la región más castigada (Zimbabue, Lesoto, Botsuana, Sudáfrica). Esta prevalencia se explica por el hecho de que los hombres pasan largos meses trabajando en las minas, donde frecuentan a prostitutas y luego regresan a sus hogares con el virus...

En cambio, los investigadores han descubierto que en los países musulmanes, la prevalencia del sida es menor y vincularon este fenómeno a la práctica de la circuncisión. Además, en varios países lo peor no se ha producido: en Uganda, considerado como uno de los epicentros de la enfermedad, la epidemia se ha estabilizado gracias a la política del gobierno y gracias a la movilización de numerosas ONGs, que generalizaron las prácticas de prevención sensibilizando a la población y acompañando a los enfermos...

27 a 39%	19 a 26%	13 a 28%	5 a 13%	Menos de 2%
Botsuana	Sudáfrica	Malawi	Costa de marfil	Senegal
Lesoto	Namibia	Mozambique	Camerún	Guinea
Suazilandia	Zimbabue	Kenia	Etiopía	Mauritania
	Zambia	Centroáfrica	Uganda	Níger

Nivel de prevalencia según ONUSIDA en 2004

La agricultura africana no se innova

En un continente donde 400 millones de personas viven todavía en zonas rurales, la agricultura familiar, que alimenta a las poblaciones, sigue siendo el sector "pobre". Deseoso de adquirir divisas, los gobiernos privilegiaron los cultivos de renta (algodón, cacahuete, café, té y en nuestros días, como en Kenia, frutas y verduras de contra temporada e incluso flores), en detrimento de los cultivos de subsistencia. Además de los daños al medioambiente, la extensión de estos cultivos aceleró el éxodo rural: la población urbana aumenta el 4,3 por ciento al año. Los pequeños o medianos agricultores siempre tuvieron un acceso limitado a los créditos y a los mercados.

Los conflictos sobre la tierra (propiedad o su uso) o emanantes de su apropiación por inversionistas extranjeros también frenaron los progresos de la agricultura. La historia demuestra sin embargo que los agricultores africanos son capaces de prever los avatares del clima (por ejemplo apostando por cultivos asociados con el fin de diversificar los riesgos), seleccionar las semillas, practicar técnicas adaptadas al suelo, aceptar innovaciones o de reagruparse en cooperativas cuando les convenía.

Sin embargo, en los países del Sur de Sahara, 250 millones de personas permanecen desnutridos y África es directamente afectada por el cambio climático y por el encarecimiento de los productos agrícolas provocada por el uso de los agrocombustibles. El fin de la ayuda alimentaria, que competía con la producción local podría también representar una oportunidad: encargados de alimentar a las poblaciones de las ciudades, los agricultores locales podrían vender sus productos a mejores precios...

La corrupción es una especialidad africana

En numerosos países, el ejercicio del poder se confunde con las punciones ejercidas sobre los recursos, que se trate de las materias primas (cobre, oro, petróleo) o de la ayuda internacional: no se trata de un prejuicio sino de una triste realidad. Según Dambisa Moyo, sobre los 525.000 millones de dólares que el Banco Mundial prestó a los países en vías de desarrollo desde 1946, al menos el 25 por ciento han sido empleados abusivamente.

En cuanto a los ingresos conseguidos con los recursos naturales (petróleo y minerales principalmente), son invertidos en la importación de productos manufacturados en provecho de la nueva clase media. El crecimiento del continente, que alcanzó el 6 por ciento en 2007 no fue sinónimo de reducción de la pobreza.

Sin embargo, el cerco se estrecha: organizaciones como Transparencia Internacional publican una lista de los países según el grado de corrupción, las iniciativas tales como el proceso de Kimberley, que establece el seguimiento de los diamantes hace más difícil el comercio de los diamantes de guerra, los códigos de buena conducta se multiplican y el fraude se vuelve más difícil. Perdurará sin embargo en todos los países donde los servicios públicos son poco o mal pagados, por los países donde a falta de Seguridad Social, cada uno debe contar con la solidaridad de su familia y donde aquellos que se niegan a compartir sufren la sanción social...

Desde principios de los años 1960, la idea según la cual la corrupción era un mal “cultural” africano mientras que la ayuda al desarrollo iba directamente a los bolsillos de los “dictadores” permanece endémica en la opinión pública de los países ricos. ¿Prejuicio? En gran parte, sí, sobre todo cuando sobreentiende que en las sociedades occidentales, donde reina el Estado moderno que busca el bienestar público, sólo habría una dosis ínfima de corrupción. En Italia, en Francia (escándalo Elf y Carrefour), en los Estados Unidos (Enron), en Japón (nueve de los quince Primer ministros que se sucedieron entre 1955 y 1993 cayeron por casos asuntos de corrupción), el mal existe también, aunque sea más difuso y menos visible.

Al igual que sería ilusorio creer que el sistema democrático europeo, con sus contrapoderes, sería el medio infalible de luchar contra este fenómeno. En África, ni los dirigentes senegaleses, ni los responsables sudafricanos (el caso del presidente Jacob Zuma es a este respecto emblemático) se salvan. En cuanto a los pocos dirigentes que intentaron luchar contra la corrupción con determinación, como el ex presidente de Burkina Faso, Thomas Sankara, los resultados obtenidos apenas fueron convincentes.

Sin embargo, este prejuicio contiene una parte de verdad. Aunque hoy es difícil desviar una ayuda cada vez mejor controlada, en sociedades donde a menudo prevalecen las relaciones familiares y étnicas, y donde la noción de servicios públicos está en gran parte ausente, la corrupción de supervivencia y de proximidad es corriente. Una encuesta realizada en 2003 en Kenia sobre este fenómeno mostró que los ciudadanos kenianos gastaban de media un tercio de su salario mensual en diversos sobornos.

Cuando prácticas de este tipo están muy enraizadas en las costumbres y toleradas por la sociedad, ¿cómo no pensar que el mal ejemplo viene de arriba? Con todo, muy pocos son, en el continente, los mandatarios que viven de sus emolumentos y asignaciones debidamente fijados y controlados por el Estado y la representación nacional. Aunque la gran depredación de autócratas absolutos (tipo Mobutu) o moderados (tipo Houphouët) es cada vez menos frecuente, y sobre todo posible, gracias al trabajo de las ONGs y gracias a la conciencia de los proveedores de fondos, la duda persiste.

En realidad, si hay un problema cultural, está en otro lugar. Al contrario de los países del norte (Europa, Asia, Estados Unidos), donde la corrupción se practica para fines casi exclusivos de enriquecimiento personal -políticos, jefes especializados en abusar de los bienes sociales, accionistas que cierran los ojos sobre la falsificación de las cuentas, las evasiones fiscales, etc.- la “gran” corrupción africana, la de los jefes, es también un asunto de redistribución.

La mayoría de los corruptores del continente no se reconocen en la definición del diccionario Robert, según la cual corromper es “animar a alguien por donaciones, promesas y otros medios condenables a actuar contra su conciencia o su deber”. En cambio, todos saben que deben suplir las imperfecciones de un Estado débil y embrionario, que no desempeña su papel de redistribuidor de riquezas, bajo pena de ser impopulares. Al jefe de Estado virtuoso, cuyas giras dentro del país se efectúan sin maletín lleno de billetes de banco, los cuales sirven también para financiar proyectos concretos, se le tacha de “roñoso”. “La honradez es buena, pero no se come”, decían en Uagadugú en los años 1980. ¡Y ojo al que pretende enriquecerse sin distribuir!

Esta especificidad tiene un nombre: el clientelismo. No quita nada al escándalo económico que constituye la inversión en el extranjero de bienes robados en sus países. Menos mal que hay algunos síntomas de que los casos de corrupción no van a quedar impunes. El ex presidente de Sudáfrica Thabo Mbeki tuvo que prescindir, en junio de 2005, nada menos que de su vicepresidente Jacob Zuma, después de ser acusado de corrupción.

En febrero de 2007 la policía keniana ordenó a veinte personalidades –entre ellas George Saitoti, ex ministro de Economía del presidente Daniel arap Moi y ministro de Educación en el actual Gobierno- que le entregaran su pasaporte, después de que aparecieran sus nombres implicados en casos de corrupción. Dos de estas personalidades son hijos del propio Moi. Otros dos ministros –el de Hacienda, David Mwiraria, y el de Energía, Kiraitu Murungi- han tenido que dimitir por verse envueltos en otro caso de corrupción. Pocas veces se había aplicado en África la ley en asuntos de esta naturaleza.

África perdió el tren del progreso y la innovación tecnológica

Cuando se implantó en la República Democrática de Congo, la empresa sudafricana Vodaphone proyectaba conseguir 500.000 abonados. Un año más tarde, tenía dos millones, cuatro en la actualidad... A pesar de la guerra y la ausencia de carreteras, la totalidad del territorio hoy está cubierta por antenas y la telefonía móvil se ha convertido en un medio de comunicación indispensable.

En Ruanda, todas las escuelas están dotadas con un ordenador y prácticamente todos los ciudadanos tienen acceso a Internet. Ambos países, al igual que Burundi, Zambia, Congo-Brazzaville tiene previsto conectarse por fibra óptica para dar más fluidez a las comunicaciones. En otras palabras, África además de adaptarse ha demostrado su capacidad de realizar saltos tecnológicos. Lo que fue posible en el sector de las comunicaciones se realizará mañana en otros ámbitos.

Sólo emigran los africanos pobres y poco cualificados

Según los medios de comunicación, son los africanos menos preparados los que emigran hacia Europa, lo que lleva a los políticos a producir discurso sobre su incapacidad a “acoger toda la miseria del mundo” (Michel Rocard, ex primer ministro del gobierno socialista de François Mitterrand). Es cierto que la percepción de las

disparidades de riqueza entre el mundo occidental y África influye en la decisión de los africanos de emigrar. Pero esto no significa necesariamente que son los más pobres o menos preparados los que se marchan.

Debido a la situación inestable en muchos países, a la persecución política o a la mala remuneración de sus servicios, gran parte de estas personas capacitadas abandonan sus países en busca de mejoras salariales en otros lugares o, si han hecho sus estudios en el extranjero, ya no vuelven a sus puntos de origen. Cada año, África pierde a unos 20.000 profesionales a consecuencia de la fuga de cerebros.

Según un estudio del Centro Nacional de Investigación Científica -París-, uno de cada cuatro titulados del África subsahariana vive fuera del continente. Los trabajadores cualificados representan el 42 por ciento de los que se van, mientras que en el continente, apenas son el 2,8 por ciento de la población. El sector de la sanidad es el más afectado por las migraciones. En Ghana por ejemplo, 80 por ciento de los facultativos de la sanidad dejan su país, cinco años después de la obtención de su diploma. Kenia, Liberia y Mozambique tienen al 45 por ciento de sus titulados universitarios en el extranjero. Una situación que está lejos de cambiar, si se tiene en cuenta políticas como la polémica “inmigración elegida” de Francia.

Para frenar este fenómeno, se han llevado a cabo varias iniciativas. Los días 11 y 12 de septiembre de 2007, la Unión Africana reunió a la diáspora africana de Europa en París para ver cómo ésta puede participar activamente en el desarrollo del continente. En adelante, la diáspora tendrá un representante en la Comisión de la Unión. Esta iniciativa surge después de las presiones de los miembros de la diáspora deseosos de ser reconocidos como agentes de desarrollo del continente.

En agosto de 2007, los parlamentarios de los países miembros de la Unión Económica y Monetaria del África Occidental (UEMOA) se sumaron a la lucha contra la inmigración ilegal creando un fondo -en el marco del Programa Económico Regional (PER)- de 2.900 millones de francos CFA (cerca de 4,5 mil millones de euros) para crear 50.000 empleos jóvenes en un plazo de 5 años.

Bibliografía

- Georges Courade: «L’Afrique des idées reçues», Belin, París, 2006, 400 páginas.
Jean-Paul Gourévitch: «La France en Afrique. Cinq siècles de présence: vérités et mensonges», Acropole, París, 2006, 451 páginas.
Cheikh Tidiane Diop: «L’Afrique en attente?», L’Harmattan, París, 2006, 122 páginas.
Jean-Pierre Foirry: «L’Afrique: continent d’avenir?», Ellipses, París, 2006, 238 páginas,.